

EXPERIENCIAS DEL DESASTRE Y PERCEPCIONES DEL PAISAJE DOMÉSTICO TRAS LOS TERREMOTOS DE LORCA DE 2011

DISASTER EXPERIENCE AND PERCEPTIONS OF THE DOMESTIC LANDSCAPE AFTER THE LORCA EARTHQUAKES IN 2011

Elena Boschiero *

Recibido: 31/01/2022 • Aceptado: 24/08/2022

Doi: <https://dx.doi.org/10.6018/rmu.509381>

Publicado bajo licencia CC BY-SA

Resumen

Los terremotos del 11 de mayo de 2011 en Lorca (Murcia) han sido eventos catalizadores de un desastre que ha tenido impacto, entre otras cosas, también sobre la percepción del paisaje doméstico de la ciudad. El objetivo de este artículo es evidenciar la relación entre la experiencia del desastre y la percepción del paisaje doméstico de Lorca como un paisaje en riesgo. Se presenta en primer lugar un marco teórico-conceptual y la metodología y técnicas de la etnografía realizada. Sucesivamente se describen las percepciones sobre el paisaje doméstico de la ciudad en el que la experiencia de los terremotos ha visibilizado el riesgo sísmico y se analizan los relatos sobre la pérdida de referencias de la ciudad y de las casas como estructuras físico-simbólicas arraigadas en el espacio y en el tiempo familiar y social. Por último, se interpretan las experiencias locales valorizando la importancia de considerar en su conjunto el patrimonio material e inmaterial del paisaje. Se concluye que la experiencia vivida del desastre en Lorca, la memoria y la percepción del riesgo ofrecen oportunidades para trabajar la prevención y la preparación de cara al futuro.

Palabras clave

Paisaje, riesgo, desastres, terremotos, Lorca.

Abstract

The earthquakes of May 11, 2011 in Lorca (Murcia) have been catalyzing events of a disaster which has had an impact also on the perception of the domestic landscape of the city (among others). The objective of this article is to show the relationship between the experience of the disaster and the perception of the domestic landscape of Lorca as a landscape at risk. Firstly, we present a theoretical-conceptual framework and the methodology and techniques of the ethnography carried out are presented. Successively, we analyze the perceptions about the domestic landscape of the city in which the experience of earthquakes has made the seismic risk visible are described, and the stories about the loss of references in the city

* Instituto de Derechos Humanos, Democracia, Cultura de Paz y no violencia DEMOSPAZ de la Universidad Autónoma de Madrid. Email: elena.boschiero@uam.es.

and houses as rooted physical-symbolic structures in family and social space and time. Finally, we interpret local experiences, recognising the importance of considering the tangible and intangible heritage of the landscape as a whole. We conclude that the experience of the disaster in Lorca, its memory and the perception of risk offer opportunities to work on prevention and preparation for the future.

Key words

Landscape, risk, disaster, earthquakes, Lorca.

1. INTRODUCCIÓN

Tus pasos persiguen no lo que se encuentra fuera de los ojos sino adentro, sepulto y borrado: si entre dos soportales uno sigue pareciéndote más alegre es porque por él pasaba hace treinta años una muchacha de anchas mangas bordadas, o bien sólo porque recibe la luz a cierta hora, como aquel soportal que ya no recuerdas dónde estaba (Calvino, 1972: 67).

Un recuerdo o una imagen del pasado reconstruyen un lugar y lo devuelven a la realidad. A menudo no vemos un lugar, sino aquel lugar con una persona, en un momento determinado, reviviendo una emoción específica o recordando una actividad concreta que estábamos realizando. Es nuestra perspectiva la que nos da una idea de un lugar o, mejor dicho, de un paisaje o de una determinada experiencia y nos permite a la vez vivirla, conocerla y describirla. Se puede decir que existe una relación emocional, perceptiva y cognitiva, entre una experiencia vivida (Dewey, 2004) y un paisaje (Ingold, 2000).

En este artículo tomaremos en consideración la relación entre la experiencia del desastre desencadenado por los terremotos de Lorca (Murcia) del 11 de mayo de 2011 y la percepción del paisaje doméstico de la ciudad como un paisaje en riesgo.

Los terremotos fueron un hito en la historia local y manifestaron un verdadero desastre en sentido antropológico, es decir, un proceso sociocultural complejo, más allá del evento puntual, geológico y físico de los movimientos de la tierra, que ha supuesto un desafío para el paisaje de la ciudad, la conservación de su patrimonio material e inmaterial, las prácticas cotidianas y las relaciones sociales de sus habitantes.

El desastre de Lorca ha tenido su peor impacto en la población provocando nueve personas fallecidas, varias heridas, así como un gran número de personas evacuadas y daños a la infraestructura pública, a los edificios y viviendas y, en general, pérdidas económicas de gran envergadura. El desastre ha sido además una experiencia que ha impactado sobre la percepción del paisaje doméstico urbano, produciendo una interrupción de las prácticas cotidianas, cambios estructurales en la vida local y en las rutinas y relaciones sociales, entre ellos conflictos, procesos de resistencia y el surgimiento de movimientos sociales, que han resignificado el lugar y las relaciones sociales. La memoria de lo vivido permite visibilizar el impacto que puede tener una amenaza sísmica sobre la cotidianidad de las personas situadas en un contexto de vulnerabilidad y sobre sus relaciones con el paisaje. Revela así que el paisaje urbano está sujeto al riesgo sísmico y que puede potencialmente sufrir un daño en sus dimensiones materiales e inmateriales.

Antes de entrar a conocer las experiencias del desastre ligadas a las percepciones del paisaje doméstico de la ciudad, realizaremos un breve repaso de las nociones teóricas de desastre, riesgo, peligro, vulnerabilidad y paisaje, enmarcándolas en las reflexiones teórico-prácticas de la antropología de los desastres y de la antropología del paisaje, y discutiremos el concepto de paisaje en riesgo. Sucesivamente, presentaremos brevemente el desastre de Lorca y la metodología de la investigación y analizaremos los principales hallazgos, poniendo en valor cómo la relación de las personas con su paisaje doméstico puede influir en su percepción del riesgo y consecuentemente en su vulnerabilidad. Analizaremos la profunda conexión entre la materialidad y la inmaterialidad en el desastre y la noción de patrimonio cultural en contextos de vulnerabilidad. En ello, las emociones colectivas y el afecto compartido para el propio paisaje juegan un rol preeminente. Es en la misma relación cotidiana de los y las lorquinas con su entorno, con su paisaje doméstico, donde por primera vez el impacto del desastre se hace visible y marca un antes y un después.

2. ANTROPOLOGÍA DE LOS DESASTRES Y PAISAJES EN RIESGO

La premisa básica, pero epistemológicamente fundamental, de la antropología de los desastres es que un desastre no coincide con el agente de impacto de tipo natural o tecnológico (por ejemplo, un terremoto, una erupción volcánica, una explosión nuclear, etc.) que lo desencadena. En otras palabras, no existe una relación lineal entre el agente de impacto y la intensidad del daño, sino las variables socioculturales son preeminentes en la construcción

de un desastre. Las reflexiones teóricas sobre los conceptos de riesgo y desastre de las ciencias sociales y de la antropología han permitido superar esas definiciones que podemos denominar «tecnocéntricas» (Ligi, 2009) y que dominan la esfera pública y la toma de decisiones y avanzar hacia una visión «alternativa» que tiene en cuenta la construcción histórica de la vulnerabilidad y del riesgo (Hewitt, 1983, 1997). De esta manera, podemos considerar un desastre en su dimensión procesual (Hoffman y Oliver-Smith, 2002; García Acosta, 2004).

Susanna Hoffman y Anthony Oliver-Smith, reconocidos referentes del enfoque ecológico-político de la antropología de los desastres, definen un desastre como un «evento/proceso que combina un agente/fuerza potencialmente destructiva del entorno natural modificado o construido, y una población en una condición de vulnerabilidad producida social y económicamente» (Hoffman y Oliver-Smith, 2002: 4, traducción propia). Los agentes pueden ser destructivos, pero no necesariamente, y pueden derivar de un entorno natural o técnico, relacionado con una comunidad que se encuentra en situación de vulnerabilidad social. Conectar la definición de desastre con la noción de vulnerabilidad es fundamental, porque significa reconocer que el desastre no es algo natural o ineluctable, sino que se puede gestionar desde antes de que «ocurra», conociendo de antemano la vulnerabilidad social de la comunidad y tomando medidas para reducirla. Aunque el evento en sí pueda ser un evento natural, un desastre es algo más.

La primera variable sociocultural que explica por qué a paridad de impacto los daños pueden ser muy diversos, incluso desiguales, es la *vulnerabilidad*. Retomando y esquematizando una definición de David Alexander (1993), el antropólogo italiano Gianluca Ligi sintetiza que ésta se puede entender como «la diferencia entre las acciones sociales (As), técnicas, políticas, económicas etc. que tienden a aumentar el riesgo (>R) y las acciones sociales (As), técnicas, políticas, económicas etc. que tienden a disminuir el riesgo (<R)», ambas influenciadas por la percepción del riesgo (Ligi, 2009: 104, traducción propia).

La noción de vulnerabilidad se define por lo tanto con relación al concepto de riesgo (Oliver-Smith, 1999; García Acosta, 2004, 2018; Ligi, 2009). Por su parte, la noción de *riesgo* da cuenta de una incertidumbre frente a un posible peligro. A veces se utilizan las nociones de riesgo y de peligro como si fueran sinónimos, pero se trata de conceptos epistemológicamente distintos. El *peligro* es una situación que ciertamente causa daño a alguien. En cambio, el *riesgo* es la eventualidad de que esa situación dañina se manifieste. En cuanto tal, el riesgo no puede ser algo objetivo, sino se construye sobre la base de

la relación entre la *percepción de la gravedad de un daño y la percepción de la probabilidad que ese daño realmente se verifique* (Ligi, 2009).

La noción de riesgo está ligada al paso del tiempo: ante un riesgo hay que decidir cómo actuar de antemano y no se puede ser neutral. Es por ello que los desastres se manifiestan en un *tiempo social* determinado. Lo problemático de esta consideración es que frente a la incertidumbre los seres humanos no actuamos sólo con acciones que reducen el riesgo sobre la base de un cálculo costes y beneficios, sino también y, sobre todo, de percepciones que orientan nuestras acciones.

¿Cuándo un peligro se convierte en riesgo? ¿Cómo entendemos que un evento determinado es peligroso? Contestar a estas preguntas significa evaluar un determinado peligro, identificar la probabilidad de que se manifieste y establecer su aceptabilidad. Cuando tomamos una decisión, realizamos un «cálculo de esperanza», que es una evaluación inconsciente que produce conductas y tiene que ver con la percepción de la gravedad del daño y con la percepción de la probabilidad de que ocurra (Ligi, 2009). La percepción pública del riesgo y su aceptabilidad se construyen social y culturalmente. Por estas razones, la misma noción de riesgo no se puede definir de manera objetiva, sino es una construcción sociocultural.¹

Además de manifestarse en un tiempo social determinado, los desastres se experimentan en un *espacio físico* determinado,² o, mejor dicho, en un *paisaje*, es decir, en un lugar connotado desde un punto de vista de las prácticas del habitar y de las emociones.

En este sentido, el antropólogo británico Tim Ingold considera que el paisaje forma parte de las personas que habitan en él, así como ellas forman parte del paisaje (Ingold, 2000). No es ni pura naturaleza, ni pura subjetividad humana, y cada una de sus componentes envuelve la totalidad de las relaciones. Los seres humanos no vivimos únicamente «allá fuera», sino en «un espacio intersubjetivo marcado por nuestras representaciones mentales» (Ingold, 2000: 191, traducción propia). Por ello, cuando habla-

¹ Véase, por ejemplo: Douglas, 1972, 1996, 2003; Douglas y Wildavsky, 1982; Schwarz y Thompson, 1993; Lupton, 2003; García Acosta, 2005; Ligi, 2009, 2012.

² Kennett Hewitt señala la «geograficidad» de los desastres, es decir una dimensión ligada a su distribución espacial, que identifica asociaciones en patrones espaciales, intercambios e interacciones. En ella se evidencian tres aspectos importantes: mapas del riesgo, disrupción del orden geográfico y geografía de los miedos y de los cuidados (Hewitt, 1997: 40-42).

mos de paisaje, nos referimos a un concepto que incluye la dimensión experiencial del lugar, así, como éste es vivido y sentido a través del cuerpo (Ingold, 2000: 191). En suma, en palabras del propio Ingold, un paisaje es «el mundo como lo conocen quienes lo habitan, quienes habitan sus lugares y recorren los caminos que los conectan» (Ingold, 2000: 193, traducción propia).

El concepto de paisaje está muy relacionado con el *habitar* en un lugar. En latín *habitare* es un verbo frecuentativo de *habere*, o sea, haber en castellano. Significa literalmente haber algo de forma reiterada o repetida. En este sentido, habitar incluye a la vez una idea de pertenencia y de continuidad. Se podría decir que la persona que habita un lugar, lo posee, no como una propiedad personal, sino como algo que es suyo, dado que, en la frecuencia de las acciones, experiencias, emociones que allí vive, lo conoce y lo reconoce constantemente. Habitar va más allá del puro vivir entendido en sentido biológico. El habitar es un vivir, pero lleno de sentidos, de significados, de hábitos en relación con un lugar, que, de hecho, se constituye como un lugar doméstico, un hogar.³ A este propósito, no podemos no recordar el concepto de *habitus* (Bourdieu, 2007), concebido como el principio estructurante de un conjunto de prácticas y acciones aparentemente espontáneas, pero profundamente estructuradas. Se trata de una espontaneidad sin conciencia, puesto que es «historia incorporada» (Bourdieu, 2007: 91). Se puede decir que el habitar es una condición de todos los seres humanos: todos habitamos una casa, o un lugar, un territorio, de tal manera que lo modificamos y, a su vez, somos influidos por él. A través del habitar, un lugar se convierte en un *paisaje doméstico* (Ligi, 2009). Y son las prácticas cotidianas consideradas como «actos constitutivos del habitar» (Ingold, 2000: 195, traducción propia) que dan dimensión temporal al hacer humano y conectan la dimensión espacial con la dimensión histórica, en un «paisaje de prácticas» (Ingold, 2000: 195, traducción propia).

Ingold nos ofrece un marco interpretativo de la relación entre lugar y seres humanos que se basa en la relación. Hablamos de un concepto ecológico-relacional del paisaje, que nos permite comprender desde la antropología las representaciones que las personas se hacen de su ambiente no por como éste es, sino por cómo lo perciben y lo sienten. El paisaje es, en cierto sentido, el lugar incorporado por quienes lo viven, es todo uno con las personas que

³ John Dewey citado en Ligi (2003).

lo habitan. La noción del paisaje así concebida nos permite una vez más superar las dicotomías naturaleza-cultura, cuerpo-mente, sujeto-objeto, etc.⁴

Un desastre rompe la continuidad de la vida y de las relaciones cotidianas con el propio paisaje doméstico. A pesar de ser un fenómeno procesual, el momento de impacto de un agente desencadenante, como puede ser un terremoto, y de emergencia presupone una ruptura, un antes y un después en la relación con el entorno e implica la construcción de una nueva relación con el paisaje.

Un concepto sugerente e innovador en el ámbito de la antropología de los desastres, es la noción de *paisajes del desastre*, presentada por el antropólogo y geógrafo colombiano Alejandro Camargo en su capítulo del libro colectivo coordinado por Virginia García Acosta que presenta el estado del arte de la etnografía de los desastres en América Latina (2021). Según el autor, un desastre «es, ante todo, un fenómeno material con una huella evidente y duradera en el paisaje» (Camargo, 2021: 154). El concepto refleja la materialidad de las transformaciones físicas y el poder disruptivo que los procesos biofísicos generan en el paisaje, pero también la capacidad de los paisajes de desastre de producir y transmitir «significados, prácticas, desigualdades e ideas» y ser «reveladores» de ellas para el/la etnógrafo (Camargo 2021: 161). La discusión en torno a este concepto es extremadamente inspiradora y me lleva a reflexionar que, más allá del foco en su materialidad, los paisajes de desastres están ligados a un conjunto de materialidad, relaciones y significados que van imbricados unos en los otros.

Si especificamos ulteriormente, indagando la relación entre paisajes y vulnerabilidad, podríamos problematizar qué entendemos por paisaje en peligro (título de este número de la Revista Murciana de Antropología). Para profundizar en ello y en línea con el marco teórico propuesto, parece inspirador preguntarnos: ¿qué entendemos por *paisaje en riesgo*? Un paisaje en riesgo se puede concebir como un paisaje cuya conservación ecológico-relacional y cultural es socialmente percibida como sujeta a la amenaza de un peligro identi-

⁴ Al respecto, cabe resaltar que la superación de esta dicotomía ha sucedido de forma gradual ya partir de los años '30, con la fundamental aportación de Marcel Mauss y su concepto de *técnicas corporales* (1971), con lo cual el estudio del cuerpo pasa a ser objeto de interés de las ciencias sociales. Su concepto de *habitus* ya incluía el importante paradigma contemporáneo de la *incorporación*. Como han señalado Nancy Scheper-Hughes y Margaret Lock, los seres humanos somos *mindful bodies* (1987), es decir, cuerpos pensantes, una unidad entre cuerpo y mente. Véase también el concepto de *habitus* de Pierre Bourdieu (2007), como hemos visto, como principio generador y estructurante de la cultura, producto y productor de historia.

ficado como probable cuyo impacto causaría un daño percibido como potencialmente grave.

En Lorca se reconoce y se identifica la amenaza sísmica como un riesgo. La experiencia de los terremotos de 2011 ha demostrado que el riesgo sísmico puede desencadenar un desastre capaz de amenazar la relación de las personas con el lugar donde viven, se relacionan y construyen significados compartidos. Esta amenaza no es solo una amenaza a la materialidad del espacio urbano, sino a la vida social y cultural de la ciudad como productora de sentido en la vida cotidiana de las personas.

3. ETNOGRAFÍA DEL DESASTRE DE LORCA: METODOLOGÍA Y TÉCNICAS

Las consideraciones sobre la relación entre el desastre, la percepción del riesgo y los lugares públicos y privados de la ciudad que se expondrán en este artículo surgen de una investigación doctoral realizada entre 2013 y 2021 que ha contado con un trabajo de campo en Lorca en 2016.⁵

Los objetivos de la investigación eran profundizar las nociones socio antropológicas de riesgo y de desastre y a la vez conocer las experiencias del desastre, las representaciones locales, las percepciones del riesgo en Lorca hoy y a partir de allí proporcionar algunas recomendaciones prácticas para la gestión de los desastres y la reducción del riesgo. A partir de varias preguntas de investigación, uno de los ejes de análisis era precisamente indagar sobre la relación entre desastres, percepción del riesgo y lugares.

El tema de investigación requería un tipo de aproximación a la temática que tuviera en cuenta la complejidad de los desastres y la diversidad de actores, saberes y disciplinas que tienen algo que decir sobre ellos. Por esta razón, en línea con la multifactorialidad y la multidimensionalidad de los desastres, el enfoque metodológico de la investigación ha sido cualitativo, teniendo en todo momento una *mirada holística e interdisciplinar*, y se ha basado en el método etnográfico, epistemológicamente ligado a la antropología y fundamentado en la *observación participante*. Este método ha permeado todo el trabajo de campo en Lorca y también la fase de análisis de la información (con

⁵ Fruto de esta investigación etnográfica ha sido la Tesis Doctoral *Antropología de los desastres: experiencias, percepciones y representaciones del terremoto de Lorca*, dirigida por el prof. Carlos Giménez Romero y defendida en la Universidad Autónoma de Madrid en octubre de 2021. Este artículo surge de una revisión del capítulo 5 «Terremoto urbano: paisaje herido».

un menor nivel de participación, es decir en remoto no pudiendo estar físicamente en Lorca, pero con un alto nivel de observación sobre las noticias relacionadas y las informaciones publicadas online). En el verano de 2016 realicé un trabajo de campo en Lorca, que me permitió relacionarme «cara a cara» con las personas que habían tenido experiencia del desastre, con lo cual se hizo necesario un ejercicio de constante reflexión también sobre mi trabajo allí, para tener en cuenta su subjetividad y emocionalidad y también las mías.

El proceso de investigación ha contado con varias etapas de trabajo. Aunque no se pueden separar marcadamente dado que confluyen unas en las otras, se pueden resumir de manera esquemática de la siguiente forma:

Etapa 1 (desde 2013):

- Revisión crítica y análisis de las fuentes académicas de antropología de los desastres.
- Revisión crítica y análisis de las fuentes sobre el caso de estudio, los terremotos de Lorca.

Etapa 2 (2016):

- Trabajo de campo en Lorca: recolección y registro de datos cualitativos.

Etapa 3 (desde 2016):

- Análisis cualitativo y reelaboración de datos del trabajo de campo.
- Reelaboración, teorización y redacción de la tesis doctoral.

La Figura 1 representa un esquema del proceso y evidencia los principales hitos de la investigación.

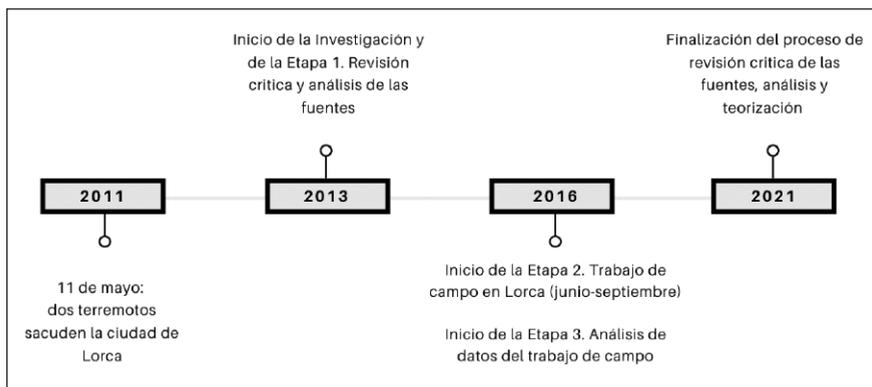


Figura 1. Principales hitos del proceso de investigación. (Fuente: Elaboración propia).

Desde la primera etapa del proceso de investigación, antes de la llegada a Lorca, me he dedicado a la recopilación y obtención de la información, empezando con la revisión y análisis documental. Esta técnica me ha acompañado durante toda la investigación, pasando por el trabajo de campo y la fase de análisis de la información. Ha consistido en una búsqueda, recopilación y revisión de la documentación existente sobre la teoría y análisis de los desastres desde las ciencias sociales y especialmente la antropología, así como documentos con datos y análisis de los terremotos de Lorca realizados desde múltiples disciplinas, incluyendo aportaciones de profesionales y de la ciudadanía. Ha sido una revisión documental etnográfica realizada a la luz de las preguntas de investigación y dialógica con el proceso.

Durante el trabajo de campo, he realizado 40 entrevistas semiestructuradas a personas de diversos perfiles y con diversas experiencias del desastre, que incluyen: profesionales de la Biblioteca Municipal, portavoces la Asamblea de Vecinos Afectados por el Terremoto, representantes técnicos y políticos de los servicios del Ayuntamiento (Concejalías del Terremoto y de Emergencia, los Servicios Sociales y trabajadoras sociales) y de la oficina técnica de riesgos de la Delegación de Gobierno de Murcia, miembros de la Confederación Comarcal de Organizaciones Empresariales de Lorca (CECLOR), de AmbuLorca y de Cruz Roja, representantes del Museo Arqueológico Municipal, del Castillo de Lorca y de los pasos Azul y Blanco, profesionales de distintos ámbitos (arquitectura, geología, informática, educación, enfermería, trabajo social, artes, periodismo, turismo, entre otras) y varias y varios vecinos, sobre todo del barrio de La Viña, la denominada «zona cero» de los terremotos por ser la más afectada.

Disponía de una serie de preguntas generadoras abiertas y flexibles en su formulación, que dejaban amplio margen a la persona entrevistada para compartir su relato sobre el desastre, su experiencia personal y profesional, su representación de lo ocurrido y sus percepciones. He complementado todas las técnicas anteriormente descritas con la observación etnográfica de la información publicada online, especialmente en blog de activistas y redes sociales.

Para registrar la información, iba tomando breves notas con apuntes sobre conversaciones informales o cuestiones que interpelaban a la investigación, sacaba fotografías de los lugares de la ciudad hoy, de sus edificios aún apuntalados, de obras de derribo y reconstrucción, de barrios reconstruidos, monumentos y placas conmemorativas, de elementos que se me indicaban como simbólicos de la ciudad y de las marcas físicas de las reivindicaciones de las personas afectadas por el terremoto, visibles en los lugares de la ciudad. Cuando mis interlocutoras lo consentían grababa las entrevistas, que sucesi-

vamente transcribía literalmente y analizaba. Diariamente redactaba el Diario de Campo, alimentando una reflexión constante sobre la investigación.

Procediendo con el trabajo de campo, iba analizando la información. En cuanto terminé la estancia en Lorca, en primer lugar, redacté un Informe de trabajo de campo, en caliente y muy reflexivo, y tras la transcripción y clasificación de cada entrevista, procedía a su lectura a través de las categorías de análisis identificadas. Así mismo, continué a triangular los datos de fuentes primarias y secundarias, realizando esquemas de análisis y organizando la información en base a categorías de análisis y luego ejes de sistematización. Por último, compartí los resultados de la investigación con aquellas personas entrevistadas que habían manifestado interés en conocerlos, respondiendo a una cuestión ética de la investigación, de reconocimiento e información hacia las personas participantes, y a una cuestión metodológica, dado que conocer sus reacciones es una forma de validar o problematizar a futuro algunas cuestiones.

La Tabla 1 presenta las técnicas de registro, de obtención de la información y de análisis utilizadas durante el proceso de investigación.

Técnicas de registro	Técnicas de obtención de información	Técnicas de análisis
Breves notas	Revisión documental	Informe de trabajo de campo
Grabaciones	Entrevistas semiestructuradas	Transcripción y clasificación
Fotografías	Netnografía	Lectura a través de las categorías
Diario de Campo		Triangulación de todos los datos
		Esquemas
		Ejes de sistematización
		Devolución

Tabla 1. Técnicas de registro, de obtención de la información y análisis. (Fuente: Elaboración propia).

Las reflexiones y resultados en torno a las relaciones entre la experiencia del desastre y la relación con el paisaje urbano que se presentan a continuación surgen de esta experiencia etnográfica en Lorca y de la participación de varias personas, a las cuales va mi agradecimiento por su confianza y disponibilidad.

4. UN PAISAJE DOMÉSTICO HERIDO

La ciudad de Lorca contaba en 2011 con un casco urbano de alrededor de 60.000 habitantes. La tarde del 11 de mayo a las 17.05h un primer terremoto de 4,3° de la escala Richter sacudió la ciudad, provocando algunos daños materiales y la salida de varias personas a la calle. Mientras muchas de ellas seguían en la calle y las autoridades locales reaccionaban poniendo en marcha los planes de emergencia local y regional, los medios de comunicación llegaron a la ciudad. A las 18.47h un segundo terremoto, esta vez más fuerte, de 5,1° Richter impactó de nuevo en la ciudad. Tras estos acontecimientos hubo en la ciudad nueve personas fallecidas, más de 324 heridas y aproximadamente 30.000 evacuadas. Se derrumbó un edificio sobre sí mismo y se registraron muchos daños a los edificios públicos y privados de la ciudad, así como a diversas infraestructuras urbanas. Aproximadamente 1.200 viviendas tuvieron que ser demolidas en los meses y años siguientes y sus habitantes tuvieron que vivir durante un tiempo en otras viviendas, en Lorca o en municipios cercanos, en las zonas rurales o en la playa.

Una multiplicidad de actores del ámbito de las diversas administraciones, profesionalidades y sectores de la ciudadanía se activaron para la gestión de la emergencia y proporcionar apoyo psicosocial, evacuar hospitales, dar albergue a las personas que lo necesitaban y sucesivamente para la gestión de las ayudas. Se estimaron los daños a los edificios a través de un sistema de colores (verde, amarillo, rojo y negro, del menor al mayor). Se crearon varios grupos de trabajo, entre ellos el Grupo Cero de expertos para evaluar las viviendas. Llegaron a Lorca la Unidad Militar de Emergencias, el Consorcio de Compensación de Seguros y la solidaridad de muchas personas. Se elaboraron Reales Decretos y Decretos Autonómicos para reglamentar la reparación, la reconstrucción y las ayudas económicas para el alquiler. A pesar de que para los geólogos ambos terremotos fueron bastante pequeños, en realidad su impacto físico, social y cultural en la ciudad fue muy intenso.

Los terremotos ocurrieron en la ciudad de Lorca, un lugar en un contexto específico con personas en una determinada condición de vulnerabilidad, social e históricamente construida. Dañaron muchos elementos arquitectónicos de referencia, transformando la imagen de la ciudad y la relación de sus habitantes con ella. Entre los más emblemáticos, el derrumbe de parte de la torre del Espolón del Castillo, que domina la ciudad, reveló la intensidad del evento, erigiéndose símbolo de la caída de la ciudad. Así mismo lo fueron el derrumbe del tejado de la iglesia de Santiago y otros espacios públicos compartidos, como lugares cívicos, plazas, barrios, etc. A nivel más privado, la

demolición de las casas particulares fue un momento emocionalmente duro por las implicaciones personales e irreversibles de la pérdida y por ser un proceso de demolición y reconstrucción burocrático y complejo, que ha sido fuente de más de un conflicto.

Desde el análisis de las entrevistas y algunos testimonios publicados, podemos observar que el lenguaje se hace intérprete de las representaciones de la experiencia y vehicula significados en torno al desastre y al propio paisaje doméstico. Algunos lugares simbólicos de la ciudad se describen como antropomorfizados. La mencionada torre del Espolón del Castillo de Lorca tiene tras los terremotos una cicatriz casi humana, que la marca de aquí al futuro y «es como una herida de guerra» (Entrevista 23).

La naturaleza, en palabras de algunas personas entrevistadas, ha manifestado su fuerza destructiva a través de los terremotos, imponiendo una sensación de miedo, incertidumbre, de impotencia, tanto que una persona expresaba que la experiencia vivida «te hacía sentir un monigote en mano de la naturaleza» (Entrevista 5).

Hasta el ruido de los terremotos se asemeja a la voz de una naturaleza poderosa que alberga cierto rencor hacia los seres humanos, como indica una profesional entrevistada:

La sensación de ruido fue lo que te dije el otro día, para mí fue como si la tierra hubiese crujido por dentro y hubiese dicho «Hasta aquí: os estáis portando mal conmigo...» (*sonríe*) –porque no la cuidamos– «¡Bueno ahora me toca a mí!» (Entrevista 6).

Los terremotos se significan como una suerte de venganza de una naturaleza personificada, con atributos incluso morales y políticos, antropomorfizada, con voz y cierta agresividad.

Los lugares de la ciudad se describen como paisajes heridos, como si fuesen personas, como describe este testimonio publicado en el libro *Me acuerdo de Lorca*:

Tengo que bajar del tren para recorrer como otras mil y una veces el mismo camino, pero no es el mío, todo está herido, las fachadas, la gente, el aire, hasta la luz parece herida (ANABAD Murcia, 2013: 16).

La conexión entre los lugares y un mundo herido marca una distancia entre lo que antes era percibido como el propio mundo y lo que ahora ya no pertenece, «ya no es el mío». El impacto de los terremotos en el paisaje urbano y en las prácticas de sus habitantes ha transformado la ciudad, que parecía

ser otra y sus habitantes de repente no la reconocían. Esta sensación de incertidumbre ha hecho de la ciudad un lugar nuevo, diferente, increíble y casi irreal:

Si te digo la verdad es que se queda la mente en blanco, es el estar viendo algo que no te lo crees, que crees que es irreal, porque yo recuerdo cuando bajé del campo al día siguiente y ver todo aquel barrio todo destrozado era como una sensación de decir: «esto no es real, no está pasando». Una sensación extraña de algo irreal, no te crees lo que realmente estás viendo, no te lo crees (Entrevista 26).

Alguna persona refiere la sensación de no vivir en el mundo real, sino en un *sueño*:

Al andar, después del primer temblor [...] me pensaba que estaba en un sueño, iba andando y decía: joder, si esto parece un sueño... había una neblina, había algo raro en el ambiente, no sabría decirte el que... (Entrevista 32).

El impacto ha supuesto la pérdida del reconocimiento del propio barrio:

Y digo: «madre mía, cómo estaba donde me he criado ¿no?». Yo conocía cada calle, pones rostros, es decir: «aquí vive esta gente». Cuando demolían uno: «aquí vive esta familia, aquí vive (*nombre de un vecino*)» [...] Me acuerdo que estaban todos los edificios rotos, rajados [...] era como una ciudad fantasma, si es que era un barrio fantasma (Entrevista 21).

La descripción que hacen las personas entrevistadas del paisaje urbano en la fase de emergencia del desastre oscila entre el caos absoluto, la incredulidad, la pérdida de referencias y el ruido cinematográfico de ambulancias, coches de policía y bomberos. En otros relatos, el silencio, aún más significativo de los lugares que tendrían que resonar de significados, presentifica y hace perceptible en el acto la pérdida temporal de alegría de las y los lorquinos, pero también de la ciudad personificada:

No se oyen las campanas en Lorca. Ya no las oigo. Están calladas, ya no suenan, un fuerte rugido de la tierra las calló y desde lo alto de las torres acompañan con su silencio a los lorquinos que también han perdido su alegría en esta tarde de primavera. Desde lo alto de su campanario ven la desolación de una *ciudad herida*, los edificios agrietados, los monumentos dañados, gente silenciosa y asustada por las calles y plazas, impotentes, sin saber qué hacer, caos y confusión. Las campanas calladas, la ciudad sacudida y los lorquinos con grietas en su corazón (ANABAD Murcia, 2013: 58, cursivas añadidas).

Emerge de este relato la conexión entre el mundo material exterior y el mundo simbólico interior. Las campanas calladas y los edificios rotos son como los lorquinos y sus heridas emocionales. ¿Cuánto de inmaterial hay en lo material? Los lugares en sí, más allá de ser lugares físicos, esconden memorias, símbolos, prácticas y referencias cotidianas, llenas de sentidos.

En Lorca ya no será posible pasar en frente de ese edificio que se cayó sin pensar en el desastre, ni visitar el castillo de Lorca sin ver físicamente la cicatriz que ha dejado el terremoto en la torre del Espolón, ya restaurada, pero tampoco será posible para algunas personas volver a las viviendas en las cuales vivían antes del terremoto.

Algunos edificios se transforman en símbolo de la ciudad entera, una licencia poética de los lorquinos, que designan en una especie de sinécdoque como una parte llegue a representar la totalidad de la ciudad. Entre los edificios emblemáticos y que además han sido mencionado en un gran número de entrevistas, destacan la torre del Espolón del Castillo y la iglesia de Santiago, como símbolos de la ciudad que cae por el impacto del terremoto, pero también como lugares del patrimonio colectivo que se quedan en ruinas en la actualidad y que suponen un desafío para las personas que tienen recuerdos y experiencias en ellos. Algunos de los testimonios ejemplifican muy bien esta relación.

Una persona que trabaja en el castillo de Lorca, al preguntarle qué pensó cuando vio caer parte de la torre del Espolón, expresó:

No lo sé, porque era algo tan importante que de repente parece que estás como en otra dimensión, como dentro de una situación, como de algo que está pasando y... Es una sensación extraña porque vas pensando en qué está pasando [...] Y es como que estás dentro y fuera de ti (*sonríe*) (Entrevista 18).

Estás dentro y fuera de ti, entre lo material y lo inmaterial, viéndolo desde dentro y abstrayéndote para verlo desde fuera, como si fuera algo irreal. En sus palabras sale a la luz la profunda conexión con este elemento simbólico del castillo y como esa herida sea una herida también en lo personal, entre responsabilidad profesional, incertidumbre e incredulidad. Efectivamente los daños a la torre del Espolón fueron graves, aunque la torre no se cayó por completo, como se dice quizás figurativamente en algunas entrevistas, sino cayeron algunas almenas y se agrietó profundamente, debido al desplazamiento del terreno.

La propia audioguía que pueden alquilar los visitantes del Castillo para realizar el tour empezaba la descripción de la torre definiéndola «uno de los símbolos del castillo de Lorca» y hacía referencias explícitas al terremoto de Lorca y a la reconstrucción, animando a observar las marcas del desastre en

las paredes de la torre del Espolón, la «cicatriz», como se denomina en el tour. Las referencias al terremoto, como hemos visto, eran explícitas. El paisaje del desastre cuenta la historia de Lorca y tiene que conocerse.

Otro edificio simbólico de la ciudad, cuya cúpula se derrumbó provocando sentimientos en los lorquinos es la iglesia de Santiago:

Mira, te voy a contar un detalle...hay una iglesia en Lorca, que es la iglesia de Santiago, una iglesia que quedó totalmente en ruinas [...] Una compañera hizo la comunión, se casó y tiene mucho trato, para ella la iglesia de Santiago forma parte de su vida. Entonces, después del terremoto, cuando ya habían quitado bastantes escombros, cuando entre comillas se podía entrar, nos dejaron entrar [...] Fue poner los pies en la entrada y le dio por llorar, pero llorar que no la podíamos consolar... «(*nombre de la entrevistada*), ¡es que no puedo! ¡Es que esta es mi iglesia! Es que de momento me estoy viendo haciendo la comunión, me estoy viendo cómo me he casado. Es que ¡no puede ser, no puede ser!» (Entrevista 26).

Para esta vecina, entrar allí es entrar en sus recuerdos, es literalmente un momento específico de su infancia y de su edad adulta que vuelve a revivir. Y verlo en ruinas es un daño irreparable, no para la economía de la ciudad, no para su patrimonio artístico y religioso, sino para ella, su historia de vida y su relación con el lugar.

Los lugares están tan relacionados con lo experiencial, relacional e inmaterial, que son uno. Las fiestas a través de las cuales se marca el tiempo de la vida social y cultural de Lorca son ejemplos evidentes de ello, sobre todo las iglesias y las imágenes relacionadas con la Semana Santa de Lorca. La Semana Santa de Lorca no es solo un atractivo turístico fundamental para la ciudad, sino sobre todo una fiesta que se vive con gran intensidad y pasión por sus habitantes. Aunque existen seis cofradías en Lorca (el Paso Blanco, el Paso Azul, el Paso Morado, el Paso Encarnado, el Paso Negro y la Archicofradía de Jesús Resucitado),⁶ los habitantes de la ciudad se identifican en y siguen especialmente dos pasos: el Paso Blanco o el Paso Azul. Las imágenes de culto y los bordados lorquinos elaborados a mano en seda por artesanas locales salen a la calle durante las procesiones de la Semana Santa y expresan al máximo nivel la pasión de los lorquinos por ambos pasos y su rivalidad. *Ser Blanco* o *ser Azul* es un signo de identidad, pero es sobre todo un sentimiento. En

⁶ Los nombres completos de cada cofradía son: Real e Ilustre Archicofradía de Nuestra Señora del Rosario (Paso Blanco), Hermandad de Labradores (Paso Azul), Archicofradía del Santísimo Cristo de la Sangre (Paso Encarnado), Cofradía del Santísimo Cristo del Perdón (Paso Morado), Hermandad de la Curia (Paso Negro), Archicofradía de Jesús Resucitado.

Lorca, como me han referido en más de una ocasión –y además intentando convencerme de sumarme a uno de los dos bandos–, *o eres Blanco o eres Azul*.⁷

El desastre ha amenazado la celebración de las fiestas tradicionales de la ciudad, como la Semana Santa, que además de orgullo ciudadano de Lorca por el interés turístico que supone, pone en escena sentimientos colectivos en el espacio público. Las fiestas de la Semana Santa y la participación masiva de la ciudadanía no se deben sólo al fervor religioso, sino también a una forma de participación social. Para quienes viven la Semana Santa, su significado más profundo es el emocional. Se suceden actos públicos rituales que por un lado unen a los miembros de una hermandad y ponen en escena la competitividad con los miembros de la hermandad opuesta. Lo sagrado y lo profano se unen en las celebraciones, tanto en los espacios públicos, como en los edificios religiosos y en la arquitectura cívica.⁸

Tras los terremotos, las iglesias y las sedes de las cofradías tardaron más de tres años en recuperarse definitivamente, pudiendo salir nuevamente todas las cofradías solo en 2014, tal como indica el artículo publicado en su página web «La Semana Santa de Lorca vuelve a la normalidad tras el terremoto de 2011» (2014). No obstante, en 2012, a menos de un año del terremoto, ya pudieron desfilar casi todas, gracias a muchos esfuerzos y trabajo para la reconstrucción –no sólo de lo material, sino también de los ánimos– por parte de los pasos y sus seguidores. La celebración de la Semana Santa a menos de un año del terremoto fue un gran desafío para la ciudad, pero un logro del cual la ciudad está orgullosa: «Lorca necesitaba su símbolo» (Entrevista 39).

5. LAS CASAS: ESTRUCTURAS FÍSICO-SIMBÓLICAS

A nivel privado y familiar los lugares que más se vieron destrozados fueron las casas, en su valor funcional, simbólico y sentimental, tanto a nivel personal como a nivel social.

⁷ Para conocer más sobre la Semana Santa de Lorca y la historia de cada cofradía: www.semanasantalorca.com (último acceso: 31 de enero de 2022).

⁸ Sobre los rituales festivos colectivos como expresiones simbólicas de la vida social y de su estructura social y especialmente sobre las hermandades de la Semana Santa, recuerdo los importantes trabajos de Isidoro Moreno Navarro que ha investigado las hermandades en un pueblo de la baja Andalucía (1972) y la «fiesta total» de Semana Santa en Sevilla (1992), resaltando que las estructuras de clase se complejizan por las estructuras rituales y poniendo el foco en la vinculación de las hermandades con la participación política.

Perder la casa y no poder recuperarla sino después de meses o incluso años supone un gran desafío para el cumplimiento de un derecho humano universal como es el derecho a una vivienda. Muchas personas se han visto privadas, aunque temporalmente de sus propiedades (tanto colectivas como individuales), de los locales de trabajo y sobre todo de sus viviendas. Algunas han tenido que elegir entre quedarse en Lorca, reconstruir su vivienda y/o mudarse a otro lado, viéndose obligadas a tener que tomar decisiones cruciales para su vivienda y para poder mantener una vida digna.

En Lorca tras los terremotos ver tu casa que «ha perdido las paredes» o ver «el edificio en peligro» fue una experiencia para muchos habitantes de la ciudad. La evaluación de los edificios en verdes, amarillos, rojos y negros marcaba el destino de las personas. Las que más fueron afortunadas, pudieron volver a sus casas, otras tuvieron que dejarlas por un tiempo o incluso para siempre.

Quien pudo, en base a las condiciones de seguridad de su edificio, volvió unos minutos a su casa para recoger algunos objetos personales. Los *ense-res* personales, es decir, los objetos identificadores de las personas connotados emocionalmente, han sido una preocupación para muchas personas que han vivido los terremotos y que querían recuperarlos desde sus casas dañadas. Una diversidad de emociones permea las vivencias de un desastre en sus varias etapas. En las entrevistas he podido detectar múltiples referencias a la experiencia de entrar en las casas en búsqueda de objetos personales, como algo que hicieron diversas personas:

¿Cómo saco yo todo lo que tiene valor sentimental para la familia? Todos los recuerdos de nuestra hija, fotos, yo qué sé, todo este tipo de...los libros, todo ese tipo de material, que ese sí que no lo puedes comprar (Entrevista 3).

La incertidumbre, la frustración y también la nostalgia acompañaban a algunas personas en búsqueda de sus enseres en sus casas en ruinas. Muchas personas que no podían volver entraron para poder rescatar por lo menos algunas cosas y llevarlas a sus nuevas viviendas temporales. En muchos casos se podía entrar acompañadas por algún bombero, en otros algunas personas admitieron haber entrado o conocer a alguien que había entrado «a escondidas», sin consentimiento ni conocimiento de las autoridades, asumiendo un riesgo para su propia incolumidad física. Como si sacar algunos objetos materiales fuera tan importante que valía la pena correr ese riesgo. Y como si conseguir llevarse algunos enseres personales pudiese ayudar a recrear la idea de casa en otro lugar.

Sobre todo, la preocupación era para todos los objetos con valor sentimental, por el miedo de perder los recuerdos, como las fotos, como describe este profesional que estuvo participando en la evaluación de los edificios:

Los vecinos querían entrar, porque querían...claro tienes toda tu vida allí, todos tus recuerdos, tus joyas, aunque sean joyas familiares que no tengan gran valor económico, pero sí sentimental: tus recuerdos, tus fotografías, tu vida...Y de pronto te quedas sin nada y, como el edificio no se ha caído, piensas «si yo entro un minuto, pues ¡no se va a caer en ese momento!», pero es que sí había riesgo de que se cayera... (Entrevista 10).

Como unidad residencial, la casa tiene una profunda conexión con la familia y luego también con el barrio y los vecinos en la cual se localiza. Es un lugar donde se construyen significados, se comparten emociones, momentos de la vida más íntima, pero también eventos sociales. Es un lugar de relaciones y significados, aún en su destrucción física, tal y como nos revela este testimonio:

Me acuerdo de que acompañé, junto con un bombero, a una mujer a su piso (código rojo) para que recogiera lo que pudiera. Fue muy difícil subir a su casa pues la escalera estaba partida y llena de escombros. Cuando llegamos a su puerta, me soltó la mano un poco avergonzada. No me di cuenta de que me la había cogido. A pesar de que llevaba una lista de lo que debía coger, no atinaba a hacerlo. Se quedó en mitad de la cocina quieta, sin saber qué hacer. Bloqueada. Fuimos leyéndole la lista y ayudándola a guardar las cosas. Nos pidió perdón por el desorden, por tener los platos sin fregar y todo por el suelo... Nos reímos los tres por el comentario. (ANABAD Murcia, 2013: 27).

Aun perdiendo la casa, el comportamiento de una mujer que pide disculpas por el desorden, por los escombros en el piso y los platos por fregar parece absurdo y hacen sonreír. No obstante, revela cuán importante es ese lugar, cuanto el cuidado para su orden y limpieza sea significativo, cuanto la costumbre de tener invitados haya requerido en los años tener ciertos estándares de orden que hay que respetar en todas las circunstancias. Querer reconstruir, ordenar, pedir disculpas por las condiciones de la vivienda es un síntoma de la imparable capacidad de reconstrucción del mundo de las personas y de la constelación de sentimientos que algunos lugares, como las propias viviendas, contienen.

Algunos no entraron, no tuvieron el atrevimiento de entrar a rescatar las cosas, decidieron no correr el riesgo, como la experiencia de este vecino que encontramos en una cafetería y se sumó por un momento a la conversación con los representantes de la Asamblea de Vecinos de Lorca Afectados por el

Terremoto. Para él, el arrepentimiento por esa decisión lo perseguía, lo tenía «acomplejado» al punto de dejar de sentirse él mismo (Entrevista 22).

El 11 de mayo de 2011 se derrumbó un solo edificio en Lorca, situado en el barrio de La Viña, pero muchos edificios públicos y privados de la ciudad quedaron muy dañados. En los días siguientes se identificaron los edificios como negros, rojos, amarillos o verdes y en base a la clasificación, se empezaron obras de derribo o reestructuración.

Yo vivo en el último piso y lo primero que pinchó la máquina fue la habitación de mi hija. [...] Tenía un nudo aquí... porque lo primero que ves caer son tus cosas que no has podido coger... (Entrevista 13).

Las obras de derribo de cada bloque de viviendas son muy costosas y espectaculares. Durante el trabajo de campo, tuve ocasión de presenciar el derribo de un edificio en el barrio en el cual estaba viviendo, el edificio Los Almendros, uno de los últimos en ser derribados, cinco años después de los terremotos. Monumentales grúas se encargaban de la obra de destrucción, en una nube de polvo que dificultaba respirar si pasabas en las cercanías de las obras. El ruido era impresionante, tanto que, para comunicarte con otras personas en la calle, tenías que subir mucho el volumen de tu voz y prestar notable atención para escuchar tu interlocutor. Varias personas solían parar a ver las obras. El edificio parecía muy frágil, se desmoronaba como una galleta, y mano a mano que la grúa avanzaba, agarraba un trocito del edificio y aumentaba la nube de polvo. Podías ver una bañera, un armario, el rincón de una habitación, una pared verde, otra amarilla, una cama, algún objeto personal. Entre los escombros aparecía el resto de algún mueble, a lo mejor de una cocina, un abrigo, un peluche... Podías ver literalmente parte de la vida cotidiana, íntima de quienes allí vivían. Eso que caía al suelo era antes una casa.

El pasado parece desvanecerse con las casas en las cuales ya no se puede entrar, con las memorias, las fotos de los eventos significativos que no se pueden sacar en condiciones de seguridad y la vida como era antes, mientras que el presente se hace muy precario, hay que adaptarse y encontrar un nuevo lugar, aunque sea temporal, para vivir. Un lugar parecido a una casa, pero que no llega a serlo:

Es que sabíamos que estábamos allí de forma provisional y, hombre, yo estaba a gusto en esa casa, o sea que no...pero mi casa no era esa. Esto lo tenía yo claro. Esa no era nuestra casa (Entrevista 3).

En las entrevistas hay varias referencias a las viviendas donde las personas con casas inhabitables fueron a vivir a la espera de poder volver a entrar en ellas. Sus relatos se relacionan con la precariedad, la temporalidad de la estancia, el recuerdo de las casas en Lorca, el deseo de volver cuanto antes.

Estos testimonios revelan que la pérdida de la casa y del propio paisaje doméstico, incluso si temporalmente, fueron impactos del desastre que tienen grandes implicaciones emocionales. Analizando los relatos, vemos que lo material del lugar y lo inmaterial, afectivo, relacional se funden en el paisaje urbano de Lorca, un paisaje que convive con una amenaza sísmica socialmente identificada como riesgo, visible en la fisicidad de los lugares de la ciudad hoy y en las memorias y experiencias de las y los lorquinos.

6. PATRIMONIO CULTURAL, TIEMPO Y RECONSTRUCCIÓN

John Dewey nos enseñaba que la experiencia humana es un hecho profundamente relacional: dibuja una relación entre pasado, presente y futuro, entre individuo y mundo, y entre personas. Tiene un componente activo de acción y otro pasivo de padecimiento y la continuidad en el tiempo en sufrir sus efectos o actuar cambios en base a ella, le otorga un poder transformador sobre el mundo y las personas (Dewey, 2004). El desastre de Lorca ha sido sobre todo una experiencia, en el sentido que Dewey da a la noción, que ha abarcado la totalidad de las relaciones de los lorquinos con su entorno, que se ha vivido a través del cuerpo y de los sentidos, que se reconstruye y se dota de significado en las narraciones que representan el desastre.

Las representaciones del desastre y de la naturaleza evidencian que la separación entre materialidad e inmaterialidad es superflua, cuando hablamos de desastres y de paisajes. Por un lado, la naturaleza tiene características humanas y puede ser cruel y usar toda su agresividad, «como si la hostilidad fuera un elemento incontrovertible de la propia naturaleza» (Tomé, 2013: 237). Por otro lado, los edificios símbolo de la ciudad como la torre del Espolón o la iglesia de Santiago también están antropomorfizados o se hacen espejo de la existencia de las personas que los han habitado de múltiples maneras a lo largo de sus vidas. Son edificios que, más allá de su valor funcional o económico, asumen un profundo valor de conexión entre personas que habitan esos lugares compartidos de la ciudad. En ellos, se refleja además la conexión entre pasado, presente y futuro.

Por estas razones, considero sugerente evaluar el impacto del desastre en todo lo material y lo inmaterial, pero en su profunda conexión. Me refiero al

patrimonio cultural de la ciudad, que, tal y como lo define la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), incluye aspectos materiales como monumentos, conjuntos y lugares (UNESCO, 1972, Artículo 1) y aspectos inmateriales como usos, representaciones, expresiones, conocimientos y técnicas que la población reconoce (UNESCO, 2003, Artículo 2). Estoy consciente del debate antropológico en torno al concepto de Patrimonio Cultural Inmaterial de la UNESCO, criticado por algunos por un supuesto falseamiento de la realidad etnográfica que producen las representaciones y discursos patrimoniales.⁹ Sin embargo, quiero reivindicar la oportunidad que su institucionalización nos brinda a la hora de poner en valor el patrimonio inmaterial (con el material), no por su valor económico de mercado, sino por su valor social, emocional, identitario y relacional.

El desastre de Lorca ha tenido impacto sobre el conjunto del paisaje de la ciudad, en su patrimonio cultural. El *patrimonio cultural material* puede ser conservado por fines históricos y económicos, pero también para preservar el sentimiento de pertenencia colectiva de los habitantes de la ciudad, que, como hemos visto con los ejemplos de la torre del Espolón o de la iglesia de Santiago, tienen una relación de tipo práctico, emocional y simbólico con los paisajes en los que habitan. Al mismo tiempo, el *patrimonio cultural inmaterial* nos permite considerar toda una serie de tradiciones, artes, usos sociales de actos festivos, como la Semana Santa de Lorca y los conocimientos y las técnicas tradicionales, que pueden ser conservadas y transmitidas a las generaciones futuras, para permitirles cobrar sentido como patrimonio cultural. La definición de patrimonio está entrelazada a una concepción del tiempo, puesto que incluye una dimensión ligada al pasado (es algo que se hereda), al presente (tiene significado y se disfruta en el presente) y al futuro (se transmite de generación en generación).

Hemos visto como para una vecina, la iglesia de Santiago no es «patrimonio material» de la ciudad. Es el lugar donde comulgó y donde se casó. Es parte de su vida, su iglesia. Es su paisaje herido tras los terremotos. Por su parte, la torre del Espolón no sólo se describe como un patrimonio cultural con gran valor histórico y arquitectónico, sino como un símbolo de la propia ciudad. La Semana Santa de Lorca se arraiga no sólo en la celebración en toda

⁹ Recuerdo por ejemplo las fundamentadas críticas de Manuel Gutiérrez Estévez (2016) en el libro colectivo coordinado por Luis Díaz Viana y Dámaso Javier Vicente Blanco (2016) que recoge las aportaciones de los autores a un seminario sobre patrimonio inmaterial de Castilla y León realizado en la Universidad de Valladolid durante el curso 2013-2014. Véase también López López (2017).

su materialidad, sino también en las pasiones y emociones de los lorquinos. Y finalmente, las casas no son sólo estructuras físicas, sino también espacios más íntimos donde se vive y se desarrolla la vida cotidiana. La experiencia del desastre lo revela, así como la necesidad de superar la división entre lo material y lo inmaterial. La reconstrucción y la recuperación de la vida social y cultural de la ciudad van juntas.

Desde el punto de vista antropológico, las casas no son únicamente estructuras físicas, sino también espacios con un gran valor simbólico y social. El espacio doméstico de la casa es un espacio íntimo y cotidiano, construido culturalmente e insertado en un contexto ecosistémico que lo contiene (Ligi, 2009). Como lugar del habitar, tiene un gran valor poético, de creación de la vida cotidiana, además de sentimientos, emociones y valores morales compartidos. Además de su esfera más privada, hay que considerar las casas en conexión con su entorno, con su barrio. El mismo barrio puede ser un paisaje doméstico, una transposición en el espacio público de la idea de casa, así que todo un barrio puede ser casa para quien lo vive, porque está lleno de signos domésticos.

Los testimonios de las personas entrevistadas en Lorca lo confirman. En el momento de su pérdida se hace aún más visible esta conexión entre la fisicidad y la simbología de la casa. Lo que se pierde es un refugio, pero también una vida cotidiana, unos recuerdos y unas perspectivas futuras. La casa temporal de la evacuación en otro lugar a la espera de la demolición-reconstrucción o de la reparación no se considera como «casa». Es una vivienda que cumple su función, pero no llega a ser una casa, como ha expresado una persona entrevistada. Las casas son lugares cotidianos, familiares y sociales. En Lorca, el deseo de recuperar las fotos y los enseres personales o la preocupación por el desorden en una casa en ruinas lo demuestran.

En cuanto a su valor sentimental y simbólico, las casas se identifican con recuerdos de nacimientos, de muertes, de fiestas, de ritos, de ocurrencias significativas extraordinarias, además de prácticas cotidianas en las vidas de las familias y de su entorno. Claramente no se trata entonces sólo de estructuras físicas, sino de objetos cultural y emocionalmente connotados que atan físicamente sus habitantes a su paisaje más próximo, su barrio. Por esto mismo, las casas tienen un rol fundamental en la creación de las interacciones sociales, pero cuando sus capacidades de creación entran en crisis debido a un desastre, surge un conflicto y una incertidumbre que amenaza la misma vida social de sus habitantes.

En su libro *El tiempo en ruinas*, Marc Augé (2003) dedica varias páginas a considerar la relación entre las ciudades y la historia, que parece «invadir» la vida ciudadana, siendo visible en las celebraciones, en la arquitectura y en la

violencia de algunos acontecimientos históricos en la ciudad. Es como si la ciudad tuviera ella misma memoria.

La ciudad lleva la marca de sus heridas. Esta vulnerabilidad y esta memoria se parecen a las del cuerpo humano y son ellas, sin ninguna duda, las que hacen que la ciudad nos resulte tan próxima, tan conmovedora. Nuestra memoria y nuestra identidad están en juego cuando cambia la «forma de la ciudad», y apenas tenemos problema para imaginar lo que pudieron representar las conmociones más brutales de la ciudad para quienes, con ella, fueron también víctimas (Augé, 2003: 122).

Cuando un desastre se manifiesta en una ciudad, cambia la «forma de la ciudad», y con ella la memoria local y la identidad colectiva de las personas que la viven. Los edificios en ruinas en Lorca, a la espera de demolición y reconstrucción, las ruinas de los monumentos, del Castillo, de las iglesias cambian la ciudad y hacen del paisaje de Lorca un paisaje extraño, irreal, lleno de tristeza para sus habitantes que afirman la dureza de no reconocer su barrio. El impacto de los terremotos ha llegado a tener efectos en la percepción de la identidad del barrio, que «ya no es el mío» y las ruinas quedaban como marcas visibles para recordar constantemente los terremotos. Como vimos, no hay una separación neta entre el mundo exterior y el mundo interior de los habitantes.

La palabra *ruina*, tal como recoge el *Diccionario de uso del español* (Moliner, 2016: 1237-1238) tiene muchas acepciones en su uso. Se relaciona con la acción de hundirse de una construcción, pero también con la destrucción de cualquier cosa, ya sea material o inmaterial («la ruina del Imperio»; «eso será su ruina» o «llevar a la ruina» que evocan el hecho de quedarse sin los propios bienes, sin el propio patrimonio). También significa los restos de una construcción hundida que quedan en la ciudad o, de manera más figurativa se puede decir de una persona que está en estado de decadencia («está hecho una ruina»). Es significativo que en su uso popular el término se asocie tanto a lo material como a lo inmaterial.

Marc Augé señala que sólo una catástrofe puede impactar en una ciudad produciendo efectos comparables (pero no parecidos) a la lenta acción del tiempo que se pueden visualizar directamente en la ciudad: lo que queda después o durante un desastre –las ruinas de su patrimonio material e inmaterial– se escapa a la historia (Augé, 2003: 110-111). La reparación de una ruina a veces requiere mantener una marca de lo ocurrido, como la «cicatriz» de la torre del Espolón, que se convierte en un rasgo visible de un determinado momento histórico de la ciudad que ha cambiado para siempre el lugar, pero también el paisaje.

La reconstrucción, como ya se ha mencionado, es clave en la recuperación tras un desastre. Reconecta con los lugares, construye nuevos paisajes, conecta también con la historia y supone una oportunidad de cambio. Puede ser un momento esperanzador y creativo, lleno de oportunidades, pero también de desafíos, diferencias de intereses, posiciones y condiciones de acceso a las ayudas. En Lorca, el proceso de volver a casa pasaba en algunos casos por procedimientos complejos de derribo de los edificios y de su reconstrucción, lo cual ha supuesto una serie de tensiones entre los vecinos por las dificultades intrínsecas de esos trámites y también algunas tensiones con las administraciones, relacionadas especialmente con la gestión de las ayudas económicas, una burocracia considerada demasiado lenta y una percepción de inacción y abandono.

En esas situaciones de tensión y conflictos (entendidos también como oportunidades), han surgido movimientos sociales como la Asamblea de Vecinos de Lorca Afectados por el Terremoto y la Plataforma de Vecinos Afectados por la Devolución de las Ayudas. Su rol de hacerse intérprete de los vecinos y de coordinar sus demandas ha sido clave. Han sido verdaderos movimientos sociales surgidos desde abajo, de manera espontánea, cargados de solidaridad y motivados por deseo de tener incidencia para el cambio social, desde una identidad compartida y con un posicionamiento claro en el conflicto. Su existencia ha sido una oportunidad de cambio y de apoyo mutuo entre vecinos y representa la cara más pública y política del desastre. Ambos movimientos nacieron en relación con la cuestión del derribo y reconstrucción de las viviendas –incluida la gestión de las ayudas económicas–, momentos importantes, cargados de emocionalidad, de significados simbólicos y de conflictos.

Marc Augé (2003) reflexionando sobre la reconstrucción señaló cómo el urbanismo y la arquitectura siempre nos hablen de política y de relaciones de poder, reflejando nuestras sociedades. Así lo indicaba también el geógrafo, planificador y filósofo danés Bent Flyvbjerg, trabajando las relaciones entre racionalidad e irracionalidad, en su libro publicado en 1998 y traducido al castellano en 2021 (Flyvbjerg, 2021), que analizó particularmente el caso del Proyecto Aalborg en Jutlandia (Dinamarca), una planificación urbana iniciada con diversas remodelaciones y vicisitudes desde 1977. En el libro Flyvbjerg demostró que existe una relación dinámica entre racionalidad y poder: la planificación urbana actúa con racionalidad, pero es una racionalidad condicionada profundamente por una estructura de poder y el poder en sí posee una racionalidad que la racionalidad misma desconoce. En la destrucción del terremoto de Lorca, la gestión de las ayudas y de la reconstrucción se pueden

leer a la luz de estas dinámicas de racionalidad y poder, que son otra complejidad del desastre.

Pero la reconstrucción tiene también un enfoque esperanzador:

La historia venidera ya no producirá ruinas. No tiene tiempo para hacerlo. Sobre los escombros producidos por las confrontaciones que no dejará de suscitar, surgirán pese a todo, obras de construcción, y con ellas, quién sabe, la oportunidad de edificar algo diferente, de recuperar el sentido del tiempo y, yendo un poco más lejos, tal vez, la conciencia de la historia (Augé, 2003: 156).

El caso de Lorca enseña que recuperar el sentido del tiempo, mantener la conciencia del desastre, hacer viva la memoria de la experiencia y percibir el paisaje urbano como un paisaje en riesgo hoy, son oportunidades para trabajar en la preparación. Es posible aprovechar esta nueva conciencia y conocimiento local para incorporarlo en el proceso de reconstrucción y recuperación y en la planificación de acciones para concientizar, sensibilizar, preparar, compartir conocimientos (no solo en el sentido desde expertos a la población, sino también viceversa, desde la población a los expertos). Existe un conocimiento local sobre el desastre debido a la experiencia vivida, que debe combinarse con el conocimiento de los expertos y la implicación de las administraciones. Para ello es necesario reconocer los saberes locales y establecer un proceso de escucha mutua.

Con relación al riesgo sísmico las entrevistas han revelado la existencia de cierto fatalismo, que es independiente del nivel de conocimiento sobre el riesgo. El riesgo sísmico está identificado como riesgo y además aceptado por los habitantes de la ciudad. Con una bibliotecaria hablábamos de cómo es vivir en una zona de riesgo sísmico y así transmitía su percepción:

Es como que se asume. Como una realidad que está ahí y se asume, entonces para el que viene de afuera es como que le cuesta más entender cómo podemos estar aquí tan tranquilos. [...] Está como asumido que puede volver a pasar y que estamos en una zona donde esto puede pasar. *Lo que pasa es que no, no lo piensas continuamente, porque si no, no podríamos vivir...* [...] Llega un momento en que... es tu normalidad, es la tuya, la que tú vives. (Entrevista 1).

En sus palabras, vemos un riesgo «aceptable» y «aceptado», en el sentido de que viene con el propio paisaje doméstico, con un lugar al cual se está ligados por la historia y las relaciones presentes y futuras. Y se hace aceptable escondiéndolo de la cotidianidad, si no, no se podría vivir. Encontramos la palabra «normalidad» en relación con el riesgo, como algo normal, cotidiano, con el cual se convive. Pedro Tomé señala que «el peligro, los peligros, y su

percepción como riesgo socialmente construido no parecen de manera inopinada, sino que son parte del (eco)sistema social y ambiental y, por ende, al estar siempre presentes hay un continuo ajuste social a su presencia» (Tomé, 2018: 116). En Lorca hay un ajuste constante a la presencia del riesgo sísmico, como indica la existencia de variadas actividades y percepciones, que van desde la organización institucional de acciones para la concienciación y la educación sobre la sismicidad de la zona y para la preparación de la ciudadanía, al reclamo ciudadano de más información sobre el riesgo, al fatalismo más inmovilizador, que parece contradecir las acciones anteriores, pero que tiene quizás la función de normalizar la convivencia con el riesgo, a falta de más acciones que contribuyan a reducir la vulnerabilidad.

Esta ficción social de seguridad se puede interpretar como un paradigma constructor de riesgo en sí, porque limita la acción. Por otro lado, las personas tienen hoy más conciencia de un riesgo que siempre ha existido, del cual no habían tenido experiencia, un riesgo que de manifestarse puede tener impactos a múltiples niveles en el propio paisaje. Las personas mayores habían vivido otras experiencias sísmicas importantes en la ciudad. No obstante, la memoria tiene corta duración y es oportuno mantenerla en el tiempo, de una forma razonada y accesible, para concienciar sobre el riesgo.

7. CONCLUSIONES

El desastre de Lorca ha sido y sigue siendo hoy un proceso complejo, multidimensional y multiactor, que desde el momento en el cual se ha manifestado con los terremotos del 11 de mayo de 2011, se ha configurado como un hito fundamental en la historia local, capaz de producir identificación colectiva hacia la ciudad, de mantener presencia a diez años de distancia y de visibilizar a través de sus marcas y aniversarios la existencia de un riesgo sísmico en la ciudad. En este sentido, el desastre de Lorca es hoy una oportunidad para trabajar conjuntamente todos los actores locales para fortalecer la prevención de futuros desastres y la preparación de la ciudadanía. En este proceso se ha revelado una vulnerabilidad sociocultural que, en cuanto producto histórico y social, puede ser reducida. Se ha identificado una diversidad de percepciones del riesgo sísmico, en las cuales destaca una percepción de «ficción social de seguridad» o «fatalista» del riesgo, que, lejos de ser irracional, es coherente con el sentimiento de apego a la propia ciudad.

Hemos visto que las analogías del desastre con el mundo interior revelan como no haya una separación muy clara entre lo que pasa fuera en el mundo

material y lo que sucede dentro las personas. Los lugares símbolo de la vida cotidiana urbana o familiar, como edificios públicos o viviendas privadas se ven destruidos y con ellos los mundos interiores llenos de significados de las personas que habitan la ciudad.

La experiencia del desastre ha construido una percepción del paisaje doméstico de la ciudad como un paisaje en riesgo de no existir más como antes, donde las referencias simbólicas de la ciudad, tanto materiales como inmateriales, han estado en peligro de no recuperarse tras los terremotos y donde se requiere un trabajo constante de resignificación del paisaje, que es posible tras la demolición y reconstrucción de las viviendas y la restauración de los edificios dañados. Esta percepción de un paisaje en riesgo es una oportunidad: mantiene viva la experiencia y la memoria del desastre, visibiliza la vulnerabilidad sociocultural local y contribuye al interés y a la búsqueda de información sobre el riesgo sísmico local.

La relación de las personas con su paisaje doméstico puede influir en su percepción del riesgo, en las decisiones sobre su aceptabilidad y, consecuentemente, en su vulnerabilidad. En ello, las emociones colectivas y el afecto compartido para el propio paisaje juegan un rol preeminente. Es en la relación cotidiana de los y las lorquinas con su entorno, con su paisaje urbano, donde por primera vez el impacto del desastre se hace visible y marca un antes y un después.

La antropología tiene las herramientas teóricas y metodológicas para profundizar en esta relación y reflexionar sobre cómo reducir las vulnerabilidades con un enfoque desde y para la práctica (Giménez Romero, 2012). La antropología de los desastres y del riesgo es una antropología de orientación pública, fuertemente motivada a tener presencia pública (en los debates, en los medios de difusión del conocimiento, en las instituciones, etc...), a desbordarse más allá del ámbito estrictamente académico, a ampliar su perspectiva incluyendo otros saberes, a incorporar la imaginación social y los sueños de una construcción común del mundo comunicándose con una amplia audiencia (Giménez Romero, 1999; Ericksen, 2006; Gimeno Martín, 2008). La prevención, la preparación y en general la gestión de desastres siguen siendo un desafío para los seres humanos. Como antropóloga implicada las considero cuestiones prioritarias para animar a un diálogo interdisciplinar orientado a conocer las causas de fondo de los desastres y a mejorar su gestión práctica.

BIBLIOGRAFÍA

- Alexander, D. (1993). Il tempo e lo spazio nello studio dei disastri. En G. Botta (Coord.) *Eventi naturali oggi. La geografia e le altre discipline* (pp. 23-40). Milano: Cisalpino.
- Asociación de Archiveros, Bibliotecarios, Museólogos y Documentalistas de Murcia (ANABAD Murcia). (2013). *Me acuerdo de Lorca*. Murcia: Editorial Tres Fronteras.
- Augé, M. (2003). *El tiempo en ruinas*. Barcelona: Gedisa Editorial.
- Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Calvino, I. (1972). *Las ciudades invisibles*. Argentina: Crisalida Crasis Ediciones.
- Camargo, A. (2021). Pensando a través de los desastres: etnografía y paisajes del desastre en Colombia. En V. García Acosta (Ed.), *La Antropología de los Desastres en América Latina. Estado del arte* (pp. 153-180). Ciudad de México: Editorial Gedisa Mexicana.
- Dewey, J. (2004). *Experiencia y educación*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Díaz Viana, L. y Vicente Blanco, D. F. J. (2016). *El patrimonio cultural inmaterial de Castilla y León. Propuestas para un atlas etnográfico*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Douglas, M. (1972). *Pureza y peligro*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Douglas, M. (1996). *La aceptabilidad del riesgo según las ciencias sociales*. Barcelona: Paidós.
- Douglas, M. (2003). *Risk and blame. Essays in cultural theory*. London and New York: Routledge.
- Douglas, M. y Wildavsky A. (1982). *Risk and culture*. Berkley: University of California Press.
- Ericksen, T. H. (2006). *Engaging Anthropology: the case for a public presence*. Oxford y New York: Berg Publisher.
- Flyvbjerg, B. (2021). *Ciudad, razón y poder. La democracia en práctica (o por qué fracasan los buenos planes)*. Madrid: Ediciones Asimétricas (ed. or. 1998).
- García Acosta, V. (2004). La perspectiva histórica en la antropología del riesgo y del desastre. Acercamientos metodológicos. *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, 25(97), 124-142.
- García Acosta, V. (2005). El riesgo como construcción social y la construcción social de riesgos. *Desacatos. Revista de Ciencias Sociales*, 19, 11-24.
- García Acosta, V. (2018). Vulnerabilidad y desastres: génesis y alcances de una visión alternativa. En M. González de la Rocha y G. A. Saraví (Coords.),

- Pobreza y vulnerabilidad: debates y estudios contemporáneos en México* (pp. 212-239). México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- García Acosta, V. (Coord.). (2021). *La Antropología de los Desastres en América Latina. Estado del arte*. Ciudad de México: Editorial Gedisa Mexicana.
- Giménez Romero, C. (1999). El antropólogo como asesor. Dos experiencias de consultoría en migraciones e interculturalidad. En *VIII Congreso de Antropología, Vol. 8. Antropología más allá de la academia: aplicaciones, contribuciones prácticas e intervención social. Simposio VIII* (pp. 43-62). Santiago de Compostela: Asociación Galega de Antropoloxía.
- Giménez Romero, C. (2012). Teoría y práctica en la historia de las ideas. Implicaciones para la antropología aplicada. *Gazeta de Antropología*, 28(3). <https://doi.org/10.30827/Digibug.25174>
- Gimeno Martín, J. C. (2008). Antropología(s) de orientación pública: «asomarse unos centímetros más allá del borde, ahí donde la perspectiva se amplía ligeramente». En M. Jabardo, P. Monreal, P. Palenzuela (Coords.) *Antropología de orientación pública: visualización y compromiso de la antropología* (pp. 247-275). Donostia: Ankulegi Antropologia Elkarte.
- Gutiérrez Estévez, M. (2016). Consideraciones etnográficas sobre el patrimonio cultural inmaterial de la humanidad. En L. Díaz Viana, y D. F. J. Vicente Blanco (Eds.). *El patrimonio cultural inmaterial de Castilla y León. Propuestas para un atlas etnográfico* (pp. 15-26). Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Hewitt, K. (1983). *Interpretation of calamity*. London: Allen & Unwin.
- Hewitt, K. (1997). *Regions of risks. A geographical introduction to disasters*. Harlow: Addison Wesley Longman Limited.
- Hoffman, S. y Oliver-Smith, A. (2002). *Catastrophe & culture. The anthropology of disaster*. Santa Fe: School of American Research Press.
- Ingold, T. (2000). *The perception of the environment: essays on livelihood, dwelling & skill*. London y New York: Routledge.
- La Semana Santa de Lorca vuelve a la normalidad tras el terremoto de 2011. (2014, 14 de marzo). *Semana Santa de Lorca*. <https://bit.ly/3ewyo2X>
- Ligi, G. (2009). *Antropologia dei disastri*. Roma-Bari: Editori Laterza.
- Ligi, G. (2012). Antropologia culturale e costruzione sociale del rischio. *La Ricerca Folklorica*, (66), 3-17.
- López López, J. (2017). Perspectivas antropológicas del patrimonio inmaterial: hacia un pragmatismo crítico. *Revista de antropología social*, 26(1), 181-184. <https://doi.org/10.5209/RASO.56051>.

- Lupton, D. (2003). *Il rischio. Percezione, simboli, culture*. Bologna: Il Mulino.
- Mauss, M. (1971). Técnicas y movimientos corporales. En M. Mauss y C. Lévi-Strauss. *Sociología y antropología* (pp. 337-356). Madrid: Tecnos.
- Moliner, M. (2016). *Diccionario de uso del español*. (4º edición actualizada). Madrid: Gredos.
- Moreno Navarro, I. (1972). *Propiedad, clases sociales y hermandades en la Baja Andalucía. La estructura social de un pueblo del Aljarafe*. Madrid: Ed. Siglo XXI de España Editores.
- Moreno Navarro, I. (1992). *La semana santa de Sevilla. Conformación, mixtificación y significaciones*. (3ª edición ampliada). Sevilla: Servicio de Publicaciones del Ayuntamiento de Sevilla.
- Oliver-Smith, A. (1999). What is a disaster? Anthropological perspective on a persistent question. En A. Oliver-Smith y S. Hoffman (Eds.), *The angry earth. Disaster in anthropological perspective* (pp. 18-34). New York: Routledge. <https://doi.org/10.4324/9780203821190>.
- Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO). (1972). *Convención sobre la protección del patrimonio mundial cultural y natural*. Paris, 16 de noviembre de 1972.
- Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO). (2003). *Convención para la salvaguardia del patrimonio cultural inmaterial*. Paris, 17 de octubre de 2003.
- Scheper-Hughes, N. y Lock, M. (1987). The mindful body: a prolegomenon to future work in medical anthropology. *Medical Anthropology Quarterly*, 1(1), 6-41.
- Schwarz, M. y Thompson, M. (1993). *Il rischio tecnologico. Differenze culturali e azione politica*. Milano: Guerini.
- Tomé, P. (2013). La construcción política de la desertificación. El desierto que repta. *Revista de Antropología Social*, 22, 233-261. https://doi.org/10.5209/rev_RASO.2013.v22.43190.
- Tomé, P. (2018). Desastres naturales y producción de víctimas: una aproximación desde la antropología social. En J. C. Palacios y L. M. Juárez (Eds.), *Cooperación al desarrollo II. Derechos Humanos y políticas de comunicación* (pp. 111-124). Barcelona: Anthropos, Siglo XXI.

